

Bibliotecología y Cambio Social

ANA MARÍA MAGALONI DE BUSTAMANTE

Expresidenta de la Asociación Mexicana de Bibliotecarios, A. C. Investigadora de la Dirección General de Bibliotecas, UNAM.

HONORABLES MIEMBROS DEL PRESIDIO,
DISTINGUIDOS SEÑORES CONGRESISTAS:

Seguramente a muchos de ustedes les habrá llamado la atención el que un bibliotecario haga acto de presencia en su Congreso. La realidad es que, aunque parezca extraño, participamos de intereses comunes, y yo quiero aprovechar esta oportunidad para comunicarme con ustedes y, hasta donde me sea posible, convencerlos de que es necesario que juntos luchemos para que se establezcan bibliotecas en todos los rincones del País.

Voy a tratar de llegar a mi planteamiento, a partir de algo que les es familiar a todos ustedes.

Existen básicamente dos teorías respecto a la forma como el hombre inventa, crea o genera ideas: La difusión y el paralelismo.

Los teóricos del paralelismo sostienen que, ante las mismas necesidades, los hombres generan respuestas similares en distintos lugares, en forma independiente y muchas veces simultánea.

Los difusionistas argumentan que las ideas se generan en algún lugar y se comunican, difundiéndose por todas partes y adaptándose a las necesidades particulares de cada medio distinto.

Antes de decidir por cual de las dos posiciones nos inclinamos más, examinemos de manera rápida lo que hace un hombre común y corriente, en un día también común y corriente.

Nuestro sujeto se despierta en una cama hecha según un patrón originado en el cercano Oriente, pero modificado en la Europa del Norte antes de pasar a América. Se despoja de las ropas de cama hechas de algodón, que fue domesticado en la India, o de lino, domesticado en el cercano Oriente, o de lana de oveja, domesticada igualmente en el cercano Oriente, o de seda, cuyo uso fue descubierto en China; todos estos materiales se han transformado en tejidos por medio de procesos inventados en el cercano Oriente. Al levantarse, se calza unas sandalias de tipo especial, llamadas mocasines, inventadas por los indios de los bosques norteamericanos y se dirige al baño, cuyos muebles son una mezcla de inventos europeos y americanos, todos ellos de una época muy reciente. Se despoja de su pijama, prenda de vestir inventada en la India, y se asea con jabón, inventado por los galos; luego se rasura, rito masoquista que parece haber tenido origen en Sumeria o en el antiguo Egipto.

Ya en la calle, se detiene un momento para comprar un periódico, pagándolo con monedas, una invención de la antigua Libia. En el restorán donde se sienta a desayunar, su plato está hecho por primera vez en el sur de la India, su tenedor es un invento de la Italia medieval, y su cuchara un derivado de un original romano. Comienza su desayuno con una naranja, procedente del Mediterráneo oriental, un melón de Persia o, quizá, una raja de sandía de Africa. Además toma un poco de café, planta de Abisinia, con leche y azúcar. Una vez que ha terminado de comer, se pone a fumar, costumbre del indio americano, consumiendo una planta domesticada en Brasil, ya sea en una pipa derivada de los indios de Virginia, o en un cigarrillo, derivado de México. Si es suficientemente vigoroso elegirá un puro, que nos ha sido transmitido de las Antillas a través de España. Mientras fuma lee las noticias del día impresas con caracteres inventados por los antiguos semitas sobre un material inventado en China, según se va enterando de las dificultades que hay por el extranjero, si es un consciente ciudadano conservador irá

dando gracias a una deidad hebrea, en un lenguaje neo-latino por haber nacido en el continente americano.

Seguramente habrá paralelistas capaces de exponer evidencias para apoyar su postura con el mismo virtuosismo de anticuario conque Linton¹ lo ha hecho en los párrafos anteriores, después de los cuales, al menos para mí, no cabe la menor duda de que si los seres humanos hubiéramos tenido que avanzar basándonos sólo en nuestra propia experiencia, estaríamos aún en la Edad de Piedra.

Nuestro avance está basado en la capitalización de las experiencias de todos los seres humanos, transmitidas de unos a otros.

Gracias a ésto no fue necesario re-descubrir lo que ocurría en la naturaleza: La relación entre las lluvias y las nubes grises, cuales plantas eran venenosas y en que época del año había que sembrar para que las cosechas fueran abundantes.

Sin embargo, mientras la única forma de transmitir esas experiencias fue la palabra, el hombre progresó muy lentamente. La invención de la escritura fue de gran ayuda para el avance de la humanidad, pero mientras la palabra verificable solamente era manuscrita, no podía llegar muy lejos: En la Edad Media eran unos cuantos los que se beneficiaban del conocimiento escrito.

En 1450, una innovación revolucionó el ritmo al cual parecían desarrollarse los acontecimientos: La imprenta de Gutenberg hizo posible el milagro de reproducir escritos con una rapidez hasta entonces desconocida y ello influyó para que se pudieran hacer llegar hasta los lugares más distantes, obras con contenido uniforme y verificable.

El acceso a la información, supuesto básico del proceso de la difusión, había cambiado radicalmente.

De allí en adelante, el mundo empezó a girar a un compás cada vez más vertiginoso. Se sucedieron con gran velocidad los libros que salían de las imprentas y que circulaban entre los grupos cultos de fines del siglo xv.

Esta primera gran Revolución de la Información, rindió sus

¹ Ralph B. Linton, *El Estudio del Hombre*. México, Fondo de Cultura Económica, 1942.

frutos y ya no le fue posible a ningún ser humano, tener en la memoria todo lo que se generaba en las diversas ramas del Saber.

Al morir Picco Della Mirandola, el último hombre de quien se afirmaba que conocía todo el saber que había sido generado hasta sus días, desapareció en 1494, el concepto del Hombre-Enciclopedia y se hizo patente la necesidad de especialistas que pudieran guiar a los eruditos por el cada vez más complejo laberinto bibliográfico.

Estos especialistas son los abuelos de los bibliotecarios de hoy día, cuya función en nuestra sociedad, es trascendental.

El bibliotecario actual, es de hecho el vínculo entre el usuario, cuyas necesidades trata de satisfacer y el documento que contiene información, llena de posibles alternativas para este usuario.

Esta función de vínculo, de enlace, de puente, no es tarea fácil y requiere conocimientos especiales que se adquieren al cursar la carrera de Bibliotecología.

Se considera que actualmente se publica tan sólo en ciencia y tecnología, un volumen de información equivalente a todos los tomos de la Enciclopedia Espasa-Calpe cada 10 minutos.

Para poder entresacar de toda esta abrumadora cantidad de documentos, aquellos que van a ser útiles al usuario, el bibliotecario domina las técnicas de selección de materiales, y una vez que los ha seleccionado, sabe acudir a las fuentes donde puede adquirir estos documentos con las mayores ventajas. Cuando los tiene ya en su poder, es capaz de mantenerlos organizados, siguiendo algún esquema lógico para encontrar precisamente aquel que se está buscando, cuando uno quiere.

Pero no termina allí su labor, tal vez uno de los aspectos que más le ayudan al Bibliotecario a desempeñar adecuadamente su difícil papel de vinculador, es el conocimiento de la infraestructura de los recursos documentales en las diversas ramas del saber, que le permite apoyar la labor de los sociólogos, antropólogos, economistas, literatos, estadistas, psicólogos, médicos, ingenieros, y de aquellas personas que se desenvuelven en todos los campos de la actividad humana.

Actualmente, se necesitan especialistas de información para crear bibliotecas escolares, públicas, de educación superior y especializadas, para crear centros de información y centros de documentación y para planear a nivel nacional el desarrollo de

los servicios de información documental que apoyen todas las actividades del País.

Para cada Instituto de Investigación que se crea, se requiere un servicio que lo apoye en sus necesidades de información para cada institución de educación superior ya existente o nueva, hace falta la biblioteca y al frente de ella un bibliotecario con preparación, que lleve de la mano a los estudiantes, maestros e investigadores, por el maravilloso mundo de la experiencia humana plasmada en documentos. Para servicio del hombre de la calle, es necesario establecer bibliotecas públicas llenas de obras interesantes, útiles y vigentes que proporcionen a los lectores identidad personal, arraigo en su país e intereses, y que contrarresten los efectos enajenantes del bombardeo del cinescopio.

En cada escuela debe haber una biblioteca con obras que amplíen la visión que los niños van adquiriendo del mundo, y que los ayuden a ir formando esos valores nacionales que poco a poco, vamos dejando perder documentos de apoyo para que los maestros les abran los ojos hacia la experiencia humana de todos los tiempos, que se encuentra plasmada en las páginas de tantos libros y en las imágenes y sonidos de tantos materiales audiovisuales, y que les permite conocer otros países sin viajar, otras costumbres sin dejar las nuestras y entender la forma de pensar de hombres que vivieron hace seiscientos años sin dejar nuestro siglo XX.

En el momento histórico que estamos viviendo, participamos de otro despertar: A través de programas que inciden en todos los niveles y sectores de la actividad del país, se está proporcionando educación y capacitación a más gente que nunca en el pasado. El resultado neto de este tremendo empuje del esfuerzo educativo nacional, será una nueva ola de información a su vez generada en los más diversos campos del saber. Y escoger, de entre toda la información, aquella que en un momento dado ha de serle útil a una persona en particular, requiere de los conocimientos y habilidades de un especialista.

Este especialista es el bibliotecario que auxilia a quien lo necesita en el ilimitado mundo de la información documental.

Hoy nos hace falta más que nunca, optimizar al máximo las ideas generadas en todos los rincones del planeta.

Pero no se trata de acumular conocimientos por el sólo hecho

de acumularlos: Es necesario aprovechar en nuestro beneficio aquí y ahora, las experiencias de muchos otros hombres que en otro momento y en otra realidad pasaron por problemas semejantes a los que aquí se viven, aprendieron penosamente a resolverlos y plasmaron lo aprendido en la forma verificable y duradera del documento. Porque la información que por una parte se genera y se acumula, sólo tiene sentido si, por otra parte, llega en forma adecuada y oportuna a manos de quienes la necesitan con urgencia.

Cuántas veces, la calidad de la vida de muchos de nuestros compatriotas se vería modificada profundamente si pudieran conectarse los dos extremos del ciclo de la información: Si por ejemplo, miles de madres de pequeños mexicanos condenados a morir víctimas de enfermedades gastrointestinales, tuvieran acceso a la información que les mostrara cómo alimentarlos en forma higiénica; o bien, si los campesinos que nos salen al paso con sólo alejarnos unos cuantos kilómetros de nuestra capital, y que siguen utilizando para sus menesteres las mismas técnicas que en el Neolítico utilizaban sus ancestros, tuvieran acceso a bibliotecas en las que encontraran material audiovisual producido en el lenguaje con el que ellos se comunican, que les permitiera como utilizar la tecnología agrícola más adecuada.

México vive hoy día graves problemas de desempleo y subempleo, de falta de higiene, de escasez de viviendas y de alimentos. La mitad de nuestras tierras son áridas y nuestros ríos no pueden navegarse. Nos hacen falta presas, carreteras y centros de salud. Necesitamos aprender a emplear la tecnología adecuada para explotar nuestros recursos y nos urge producir con eficiencia, y exportar. Y todo esto sin enajenarnos y sin perder de vista nuestras raíces culturales profundas. Ante este panorama la información documental se vuelve un recurso indispensable. Los lugares donde se encuentra, las bibliotecas, no son ya un lujo renacentista sino una necesidad, y el bibliotecario adquiere la inmensa proyección de un agente de cambio.

Sería ingenuo y simplista decir que el único camino hacia el progreso es el acceso a la información documental. No pretendo que la sola existencia de bibliotecas sea la solución, pero sí afirmo que la ausencia de ellas reduce considerablemente nuestra capacidad para explorar alternativas.